

LOS madrileños frequentadores del Metro han tenido el privilegio de conocer la existencia de una nueva novelista española. Anunciada en grandes carteles a lo largo y ancho de andenes y pasillos, Milagros Hidalgo, cincuenta y cinco años, de profesión taquillera del Metro, labor que ejerce desde hace treinta y ocho primavera, es la autora de una breve novela —anuncio de una obra extensa, prolífica y audaz—, en la que se pretende conseguir una serie de reivindicaciones que la señora Hidalgo, en un emocionado «a guisa de prólogo», resume al comenzar el libro:

«A todos, dirigentes y obreros, compañeros de una gran compañía, dedico esta modesta novelita, que demuestra que la mujer o señoritas del Metro son seres que viven, aman y sienten como los demás, que cada una tiene su vida, que vibra en ella con toda la fuerza de su ser y que no es una cosa..., porque una mujer que trabaja en el Metro es una mujer, no una máquina más. Y esa mujer que vive, ama y piensa es tomada así por muchos de los que necesitan de su servicio en las estaciones... ¡Y cuánto tienen que soportar muchas veces de algunos viajeros gamberristas!... Y todo lo dan por bien empleado si al fin consiguen que éstos queden atendidos y complacidos».

Doña Milagros cuenta en su novela la historia de Celi, una pobre taquillera de Metro, cuyo marido, víctima de los horrores de la guerra, se ve recluido en un sanatorio para enfermos mentales. La pobre Celi debe así asumir las funciones de «amo de la casa», alimentando con su solo esfuerzo las bocas y necesidades de su amante madre y su jovencísimo hijo. Atormentada con la idea de que será expulsada de la compañía por estar casada, encuentra sana protección en un gentil caballero, que la ayuda en cándido y respetuoso amor. Celi se siente así feliz y consigue triunfar en su honesto propósito de salvar su hogar. Sin embargo, la felicidad nunca es completa, ya que siempre existe el factor que lo impide: su marido, que, recluido en el sanatorio, no mejora en su curación. Hasta que un día —final de la novela— ve éste sus dolencias aumentadas con una úlcera de estómago que agota su vida. Y es entonces, pero sólo entonces, cuando el gentil caballero protector solicita la mano de Celi, cuyo hijo, ya de diecisiete años, sonríe satisfecho del buen acierto de su madre, que complace agradecida al caballero que tanto por ellos se desveló.

Doña Milagros Hidalgo me vende su novelita en la estación de Lista, y luego me recibe en su pisito de la calle de Claudio Coello. Hablamos durante un buen

OTRA NOVISSIMA

rato, mientras se recuerda algunos pasajes de su «Taquillera del Metro». Doña Milagros, sonriente y satisfecha, resume su vida como escritora, pero no sin los nervios habituales en quien ve por primera vez a la luz una obra concebida lentamente en el anonimato.

Entre un poquito de dulce mazapán y alguna copita de coñac navideño, la señora Milagros Hidalgo escribe y piensa así:

Historia de una edición

«Un militar, con su flamante y abigarrado uniforme... Un sacerdote, con aquella humildad característica de los de antaño... Un



LA TAQUILLERA DEL METRO

Por DIEGO GALAN

pintor, con su bohemia típica: barba, melenas, sombrero de anchas alas semicadaidas y chalina por corbata... El soldadito recién llegado del pueblo, al que el uniforme le venía estrecho o ancho por todos lados, pero que él se consideraba como un general, porque llevaba unas franjas rojas, flamantes, en el pantalón... Monjas de San Vicente de Paúl, con aquellas tocas tan anchas que, para pasar, tenían que doblar la cabeza por todas partes, con gracia habitual... El caballero erguido, que parecía que le venía estrecho el Metro... Los estudiantes... Gente de negocios, venidos a la capital para resolver papeleos... Esto del papeleo es cosa que se ha estilado desde ha-

ce tiempo... En fin, personajes indefinidos, a los que solamente podría dar valor la fantasía de una instructora de marionetas en un guiñol humano, se sucedían un día y otro...

Mientras las marionetas pasaban ante la taquilla y seguían su paso por la vida, Celi volvió a recordar aquel pasado, tan suyo, y se vio de nuevo ante la mesa de su casa escribiendo aquella carta...

—Yo primero presenté la novela en la compañía del Metro, porque tenía que pedir permiso. Pero lo hice sin ilusión y sin entusiasmo de ninguna clase. Entonces convocaron una junta para decidir qué se hacía. Tardaron mucho tiempo en decidirlo, y yo

me cansé y me dije: «No quiero nada con estos señores», y cuando fui a recogerla, el jefe de movimiento me dijo que mi novela les había parecido muy bien y que pensaban editarla para repartirla entre el personal. Entonces me dije que no, porque la verdad era que no me gustaba nada la idea de que mi primera novela saliera así, en cuartillas. Cada cual tiene su orgullo y su dignidad. Ellos me dijeron entonces que lo que podían hacer era ayudarme un poquitín y que yo la editara por mi cuenta. Fue cuando me dirigí a Editorial Bruquera para pedir consejo, y de allí me mandaron a la Editorial Quevedo. Y a este señor le gustó la obra y me dijo que saldría por unas cincuenta pesetas cada ejemplar, y a mí aquello me parecía mucho para mis compañeras, porque no creo que la novela valga eso (aunque ha habido muchas personas que me las han dado). Entonces, hablando un día con un jefe de estación, éste me dijo que tenía un yerno con una imprenta y encuadernación. Fui otra vez a ver a mis jefes a decirselo (bueno, a todo esto tengo que decirle que, cada vez que iba a hablar con uno de ellos, me daban la enhorabuena casi abrazándome, y me decían: «Señorita, qué bonita obra, qué fina, qué buen sabor de...»). La hice entonces con estos señores impresores y, financieramente, la novela resultó muy bien, muy económica, para vender a treinta pesetas. He hecho una tirada de cinco mil ejemplares, aunque mi jefe me dijo que hiciera más, pero yo me limité a menos. He vendido ya unos dos mil ejemplares. Y la gente la está buscando con afán. Con mucho afán. Tengo el orgullo de decir que yo misma estoy asombrada del éxito que está teniendo esta novela, porque yo no me lo esperaba. Estoy dispuesta a editar la siguiente cuando sea, aunque la verdad es que no sé ni cómo hacerlo, porque yo me he embarcado en esta aventura sin saber lo que era esto, desconociéndolo todo. Estoy pensando, para editar otra —porque tengo varias—, si valermé de una editorial.

La guerra civil

«Me llevaron a la calle del Barco, a una comisaría que fue intervenida por las milicias. En este patio lleno de humedad me dejaron. Había allí muchas personalidades, entre ellas una gran señora prima hermana de una persona que figuró en las derechas. Allí, en medio de la humedad, estaba esta buena mujer con sus dos hijas y una criada 'galleguina' con brio y salero. La muchacha no quiso dejar a sus señoritas cuando las detuvieron, apostrofó con insultos groseros a los mili-

RECORD DE VENTA EN LAS LIBRERIAS DE FERROCARRILES

cianos hasta conseguir que la unieran al grupo...

(...) Estaba encogidita. Era una mujer, mejor dicho, era una santa mujer, porque, según me conto, era monja. (...) La monjita sí llevaba pánico. No por la muerte, que no la asustaba; más bien por lo que pudieran hacer con ella, ya que se daban muchos casos; la mayoría, en que antes de asesinarlas las martirizaban precisamente en lo que ellas más estimaban..., en la pureza y la castidad. He oído contar casos... A una monjita, antes de asesinarla, con un tenedor la pinchaban... y se lo clavaban... ya puedes figurarte dónde. A otras las violaron, ¡y de qué manera!... ¡Había cada salvaje!...

—Tengo otra novela que se parece a «La taquillera del Metro» en las costumbres. Se llama «Hefemérides». Es muy bonita. Habla de la guerra también, porque la guerra fue una cosa muy seria y que hay que haberla vivido para comprenderlo. Yo no pertenezco a ningún partido ni he pertenecido nunca. No soy muy beatona; voy a Misa los domingos y se acabó. Pero a mí me molestaron mucho durante la guerra y me detuvieron varias veces, quizá porque vengo de familia de militares. Aunque para eso valía cualquier pretexto, y le voy a dar un ejemplo: yo no es que haya sido una preciosidad, pero he tenido mucho salero. Y el salero se cotizaba en aquellos tiempos mucho. Y, claro, pues ese mismo salero atraía a los hombres, con cierta codicia. Y yo tuve un enemigo muy encarnizado, pues precisamente por eso; que me descaaba el hombre, y como yo no accedía a sus pretensiones, pues fue una de las denuncias que tuve. Era el zapatero que vivía debajo de una tía mía, con la que yo me fui a vivir.

»Luego, cuando vino la liberación, me quisieron dar en el Metro un puesto preferente, pero yo dije que no, que yo no quería beneficios porque la guerra se hubiera ganado o perdido. Es más, fíjese usted que, cuando yo entré, tenía el número trescientos seis, y es el número que tengo todavía. Mi escalafón no se ha alterado porque yo no lo he consentido.

La taquillera del Metro

«En esto llegó una viajera con dos niñas, que la sacaron de su abstracción. La mayorcita sacaba el billete, la chiquitina pateaba porque ella también quería sacar su billete. Entonces, Celi, cortando un trocito de rollo en blanco y simulando lo sacaba como billete de la máquina, se lo dio a la niña, que, agradecida, pagaba con una sonrisa y un beso



Milagros Hidalgo, la "novisima" de la Compañía Metropolitana que sueña con el triunfo.

la solicitud y rasgo comprensivo de la taquillera. La madre también agradeció efusivamente este gesto noble y complaciente de quien, en medio de una tarea desagradable, a veces se mostraba tan humana.

No faltaba en estos momentos el protestón, que renegaba de que hubiera niños en el mundo e invocaba a Herodes en su interior. De esta manera, con escenas de éstas o parecidas, se iba pasando la mañana, que era la que para todos los empleados constituía el primer turno.

(...) Cuando llegó junto a él salieron a la superficie. La gente bulliciosa y se agitaba de un lado a otro, indiferentes a las tragedias que llevarán en su fondo los corazones que aleteaban en el torbellino de la vida. Nadie se fijaba en nadie. Cada cual vivía su momento en su ser, como Celi, que sentía su corazón suspenso de un no sé qué.

(...) Su vida actual era una cárcel..., con sus rejas queridas, siempre iguales; las obligaciones a que estaba atada por el destino la ahogaban. Estas vacilaciones, en ocasiones, la abrumaban, porque le faltaba el amor que en otro tiempo diera paso a su vida e ilusiones y sentimientos».

—El personaje de la novela tenía que ser una taquillera del Metro, porque se dice que la taquillera ve el público en su fantasía, lo va viendo como marioneta, lo describe en esa fantasía que ella tiene en su imaginación, ¿comprende? Y, claro, al ser de

otro oficio ya no tendría sentido. Ahora bien, los sucesos le pueden ocurrir a cualquiera, la cantidad de cosas que suceden allí y que son verídicas. El pasaje de la guerra es completo y me pasó a mí. Por cierto, que por ese pasaje me están buscando. Una señora que a lo mejor pasó conmigo algunas horas de esa amargura.

»Las casadas no pueden trabajar en el Metro. Cuando se desarrolla mi novela —escrita hace veintitrés años— existía la ley, pero se lo saltaban a la torera. Ahora ya es firme.

»De sueldo ahora no estamos mal, porque hay que pensar en las pagas extraordinarias. Porque si no pensamos en ellas, el sueldo es muy misero. Venimos a ganar unas seis mil pesetas al mes. El sueldo base son ciento veinte pesetas... Luego tenemos billeteje; es una prima muy pequeña, casi miserable, sobre los billetes que se despachan en cada taquilla. Y eso está bien, porque hay señoritas que están trabajando de una manera infrahumana en estaciones punta (Ciudad Lineal, Legazpi...) y que están haciendo veinte mil o treinta mil pesetas en una taquilla, y que se sale con un dolor de espalda que yo no se lo recomiendo a nadie. Yo, en esto, tengo suerte, porque trabajo en Lista. Pero si le toca a usted una taquilla fuerte, pues se trabaja de verdad. Porque el personal que más trabaja en el Metro es la taquillera; una taquillera trabaja ocho horas, que se transforman en nueve, porque, claro, los desplazamientos, como el día

está dividido en dos turnos... No hemos logrado que se concedan las siete horas seguidas. Pero ahora nos han compensado con esa bonificación de dos mil pesetas sobre el sueldo, que hace que ganemos lo que le digo; todo empleado tiene dos mil pesetas más. Es una medida que se tomó después de la huelga. Durante la huelga, yo estuve enferma con una afección de corazón, pero pienso que aquella huelga nos ha tratado en una posición maravillosa, puesto que fue pacífica, con mucha organización y con mucho orden, que dio un ejemplo muy grande a muchos que arman jaleos por ahí. Una huelga muy bien hecha, muy bien premeditada, o sea, que no hubo jaleos, todo fue unido, muy unidos todos. Aunque no se haya logrado todo lo que se esperaba ni se quería...

Las novelas modernas y una carrera de escritora

«El niño no oía nunca los últimos versos del cantar de su madre. Con una sonrisita y sereno semblante quedaba soñando... cosas bellas... que la imaginación de los niños sanos saben forjar en sus sueños de gloria... Dios mío, ¿qué cosas serán las que los niños sueñan que les hace sonreír?... Si nos fuera dado penetrar en ese secreto... Mas es un sueño que nadie ha podido interpretar ni descifrar. Sólo Dios sabe y conoce sus secretos, y su Ángel de la Guarda...»

(...) Sufrían tanto, que cada una sufría lo suyo en silencio, para no hacer sufrir más a la otra...

(Cuando tenía diecisiete años), él se dejaba hacer, era mimoso y le gustaban las caricias y los halagos de su viejecita, que siempre le regalaba con alguna golosina o con algún caprichito...

(...) Asintió la simpática y castiza muchacha con principios de buena educación y cultura, ya que había nacido en la Ribera y tenía en su sangre metido el casticismo y no podía evitar esas salidas de tono salerosas que tienen los barrios bajos de nuestro gran Madrid».

—En nuestro tiempo, los niños de diecisiete años si eran así, hijo mío. Ahora, los niños nacen con los ojos abiertos. En mi época nacían con los ojos cerrados. Entonces, los niños —al menos uno que yo he tenido y ha sido así— eran ingenuos, eran sanos. Mi hijo, hasta los diecisiete años, se puede decir que no ha tenido picardía. Por otra parte, y contestando a su pregunta, si hay mucha diferencia entre el ambiente del país, que es muy feliz, y los personajes, que son muy des-



Nenuco



**PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO**



«PINTORES ASTURIANOS»

Ha sido presentado en Oviedo el segundo tomo de la serie «Pintores asturianos», escrito por el periodista Manuel Fernández Avollo y patrocinado por el Banco Herrero. El libro está dedicado a la obra de Darío de Regoyos, un renovador universal, y Telesforo Cuevas, pintor de la tierra.

En el grabado, don Ignacio Herrero, marqués de Aledo, durante la presentación del libro, acompañado de don Manuel Fernández Avollo —a su izquierda— y el crítico de arte don Carlos Areán, que pronunció una conferencia en el mismo acto. (Foto: CACHERO.)

LA TAQUILLERA DEL METRO

graciados, es por una explicación muy sencilla, y es que el alma de la protagonista es limpia, es sana. La realidad tenía que ser como yo la pinto en mi novela; si no lo es, es una pena, porque así tenía que ser. Para ser feliz hay que sufrir. Esto es inevitable. ¿Usted ha visto alguna persona que sea feliz y que no sufra? Y esto es por algo muy sencillo, y es porque primero hay que pasar por el tormento para llegar a ese momento feliz. Yo soy de las que creo que la felicidad no se logra si no es a costa de muchas lágrimas. Yo no he leído mucho, porque tengo usted en cuenta que he llevado una vida de trabajo muy activa; he tenido que trabajar siempre y, cuando salía del Metro, me tenía que poner a vender perfumes y cosas así, para poder llevar adelante a mi madre y a mi hijo. He tenido que trabajar como un hombre para sacar mi casa adelante. Mi afición literaria ha nacido porque la llevo dentro; ha sido una afición pura, que nunca pensé que pudiera cuajar en mí. Yo escribía poesías, sainetillos, iba a recitar a los cafés donde se hacían esas cosas, donde se reunían «Los Bernardos» o «Cristina y sus poetas», por el Centro Segoviano, por varios sitios más. Desde niña he leído todo lo de Concha Espina. También me gustaba mucho don Jacinto Benavente. Y Unamuno, también bastante. Y Luca de Tenna, que me encanta. Y en poesía, Gabriel y Galán y Campoamor. O sea, lo antiguo. Porque las novelas modernas, la verdad es que las encuentro sucias. Se escribe sucio ahora, en el sentido de que se emplean palabras sucias para escribir y con eso ganar, a lo mejor, un premio...

Mi última novela, «La cruz de caña», la he enviado a un concurso. Es una novela fantástica, que la pueden leer hasta los niños porque habla de animales antidiluvianos. Es muy salada. Luego tengo otra que escribí en Suiza —porque yo, como todo escritor, he sido algo bohemio y me ha gustado siempre viajar—, que se llama «Ni oro ni sol». Y en cuentos, tengo verdaderas maravillas: el último que he hecho se llama «La abuelita ye-yé» y es muy bonito. Yo escribo a mano, en la taquilla, y luego lo paso a máquina... Tengo otros cuentos como «Alí Babá y sólo dos ladrones», «También nos quiere Dios», «Las orejas de Marianín», «El que siembra, recoge», «Gordito», «El buen ladrón»... He estado toda mi vida escribiendo...

Y escribo mucha poesía. Como ésta —que ya que lo está usted grabando, pues la voy a leer—, que la escribí para una campaña que iba a hacer un amigo nuestro sobre las castañeras:

Como una bandera que bambolea
[al viento
se oye el pregón contento
de la castañera.
Nuestro Madrid se calienta
en los anaps de hierro
donde el salnete comienza
desde noviembre a febrero.
¡Castañitas, castañitas
tostaditas y crujientes!
Son para las abuelitas
que se quedaron sin dientes.
El padre atento llega
con dos duros de castañas,
la madre las ve, las pela
y el padre no pesca nada.
El amoroso galán
que da calor a su novia
con crujientes castañitas
que le van sabiendo a gloria.
¡Castañitas, ahora quemán!,
sigue la nota y pregón.
Ahora, es una morena,
como la de «Alma de Dios».
Madrid, Madrid es Madrid
con su eterno soniquete,
se adorna con sus costumbres;
sus castañas a la lumbre,
proporcionan su banquete.
Y es que tienen el encanto
de su alarde jaranero
en su fuerte tradición.
Un sabor muy postinero,
que calienta el corazón.
Porque hoy las minifaldas,
con eso de ser cortitas,
son, por su condición,
en castañas calentitas
buscan la calefacción.
En esquinas, en las calles,
en plazas de poco ruido,
allá se oye el pregón,
que es mágico tesón
que nos caliente del frío.
Y en ese vivir tan suyo,
mientras en Madrid da lentes
sentirás como un murmullo
gritar a la castañera,
¡castañas, castañas,
castañitas y calentitas!
Son para las viejecitas
que se quedaron sin dientes...

¿Qué le parece?... ¿Y usted se enteró de lo de mi novela por los carteles del Metro? Pues le voy a decir una cosa: desde luego, mi novela será muy insignificante, yo también, pero he conseguido más que «El Gallo». ¡A ver!... Dentro de poco me cantarán eso de «En los carteles he visto un nombre que no lo puedo olvidar...».

■ D. G. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.